

Inscripción: UNA peseta al mes
 en el resto de España: 5 pesetas trimestrales
 25 ejemplares 75 céntimos

Redacción, Oficinas y Talleres
 1. CRÉDITO PÚBLICO, 1
 Número suelto 5 céntimos

SE PUBLICA DIARIAMENTE EN MADRID - BARCELONA - BILBAO - MURCIA Y SEVILLA

EDICION DE LA MAÑANA

El Liberal en Murcia

ES EL DIARIO DE MAYOR CIRCULACION DE LEVANTE
 NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Cuentos del concurso

(SEGUNDO PREMIO)

EL MILAGRO

Ya la noche anterior hubo repique de campanas, y se encendieron hogueras en las calles, y los cohetes subieron crepitando por los aires, trazando rutilantes curvas sobre el oscuro cielo, deshaciéndose en lágrimas de luz. Pero aquella mañana, desde bien temprano, Blas, el sacristán, colgándose de las cuerdas con toda su fuerza, lanzó a vuelo la Gorda, la enorme campana que sólo se volteaba en las grandes solemnidades. Día era, ciertamente, de gran fiesta y regocijo en Coscojuela; como que cantaba la primera misa Basilio Pérez, el hijo del tío Quico el Lobato, y a la ceremonia se había invitado al pueblo entero y a los parientes, a los amigos, a los conocidos todos de las aldeas circunvecinas.

Desde el amanecer la plaza Mayor hormigueaba de gente curiosa. No había casa cerrada en Coscojuela. Poco a poco la multitud se fué alargando, dividiéndose en dos columnas, extendiéndose por las aceras de la calle Real, para presenciar la entrada de los forasteros. Pasaban grupos de labriegos montados en sus boricos trotadores. Llegaban recién afeitados, muy limpios, con sus mejores trajes, con sus flamantes sombreros mal acomodados en la cabeza, a la que no se habían amoldado aún; algunos, los que venían desde muy lejos y tuvieron que levantarse a media noche, caminaban muy serios, bostezando a cada paso, no despidiéndose todavía del ligero sueño. A veces acaudía una familia entera embutida en un carro con arapilo todo de cañas y cuyas cortinas se hinchaban al viento como velas de navío. Y hasta el juez de instrucción, el registrador y otros personajes de Garrovillas pasaron asomados a las ventanillas de un coche viejo, agrietado, casi vetusto, que avanzaba tambaleándose por el camino desigual. El tío Quico y la tía Mari-Cruz, de pie a la puerta de su casa, recibíanles con abrazos, con apretones de manos, con grandes muestras de afecto, ayudándoles a descabalar, a descender de los vehículos.

Se realizaba la ilusión acariciada toda la vida por los Lobatos. Habían tenido dos hijos, Basilio y la Toli; desde que nació ésta, fué la niña mimada, la verdadera reina de la casa, no por otra cosa que por ser hembra, razón suprema para la madre; desde que aquél vino al mundo, puede decirse que la corona blanqueaba en su cabeza, al menos en la imaginación de sus padres. Ellos tendrían de esta suerte un amparo en la vejez, y así, a la sombra del hermano, la Toli haría un buen casamiento. Era el eterno hijo cura con quien sueñan tantas familias pobres.

Durante la primera enseñanza, Basilio se distinguió por su aplicación, por su formalidad, por su carácter dulce y tímido, ajeno a los enredos y a las travessuras de los demás muchachos. Cierto que su inteligencia no pasaba de mediana y que rara vez eran para él los primeros premios; pero su bondad le hacía simpático a todo el mundo, y el profesor, que le quería paternalmente, procuraba que saliese airoso en los exámenes, preguntándole cosas fáciles y de las materias en que más versado le suponía. En cierta ocasión en que se quedó sin premio y estaba rezagado y lloroso a la puerta de la escuela, el maestro, comprendiendo de lo que se trataba, volvió hacia atrás y le trajo un diploma, haciéndole ver que estaba para él destinado y que por olvido no se lo habían entregado a tiempo. El muchacho volvió a casa lleno de júbilo.

A los diez años se encargó de su educación el prior de la Moheda. Distaba el convento un kilómetro largo del pueblo, y todas las mañanas, lloviese o venteara, veíase al niño caminar, a través de los campos, con la cartera de los libros a la espalda, y dirigiéndose por trochas y vericuetos, para acudir puntualmente a la clase; a veces, en los días fríos, llegaba aterido, con las manos en las faltriqueras, el sombrero encasquetado hasta las orejas y la cara hundida

da en una mala bufanda de lana, que el viento hacía flamear; entonces le permitían que descansara un rato, y se acurrucaba en la cocina, junto al fuego, hasta desentumescerse un poco. Así transcurrió el tiempo hasta que aprobó el latín. Vinieron después los años largos, los años tristes, los años eternos de encierro en el Seminario: todo lo soportó pacientemente Basilio, con la esperanza de ser algún día útil a su familia. Pero en esta vida monótona y sombría, hubo un paréntesis de luz.

Fué un verano, durante las vacaciones, cuando el joven tenía ya dieciocho años y sólo le faltaban cuatro para concluir la carrera. Al bajar del coche, en la carretera, junto al parador, se encontró a la Toli que le esperaba en compañía de una señorita. Abrazó a su hermana y saludó a la viciada con aire encogido.

—No le hables de usted, hombre, que es la prima! ¡Es María Teresa!—dijo alborozadamente la Toli.

—Ah, es la prima!—contestó Basilio. Y no supo decir más.

El tío Quico tenía en Plasencia un hermano, comerciante, en cuya casa se hospedaba todos los años por la feria. El señor Braulio Pérez, como le llamaban en Coscojuela, pasaba por hombre de buena posición, aunque la verdad sólo Dios y él la sabrían, según afirmaba la tía Lobata. Quince días antes había escrito diciendo que la «niña» andaba delicaducha, que los médicos le habían aconsejado la vida de campo, los aires puros... En fin, para que vieran que se acordaba de la familia, allá se la mandaba con toda confianza. Ellos la cuidarían. Hablaba como habla el hermano rico, como dispensándose un favor.

Y María Teresa, que se aburría en Coscojuela, gozó lo indecible al ver el apocamiento de Basilio, su timidez, sus modales respetuosos. Ya tenía con quien divertirse. Le enamoraría, le amaría si llegaba el caso: la cuestión era conseguir que ahorcara los hábitos. Y se deleitaba pensando en las rabieta de la tía cuando su hijo le anunciara el propósito de abandonar la carrera. Al principio, procuró inspirarle confianza, mostrándole gran cariño, preguntándole por mil detalles de su vida, haciéndole ver que se interesaba por cuanto pudiera concernirle. A veces le hablaba de cosas serias, de cosas íntimas, hurgándole en el alma tratando de descubrir alguna malicia, algún fondo de picardía. El mozo callaba, sin comprender la mitad de lo que le decía, asombrándose con su ingenuidad; pero no tenía ojos más que para ella, estaba siempre pendiente de sus labios, la seguía a todas partes, y cuando se encontraba solo—María Teresa le observó sin ser vista en varias ocasiones—se paseaba inquieto, nervioso, pasándose con frecuencia la mano por la frente, dando muestras de una gran preocupación.

Una tarde, a la hora de la siesta, se encontraban solos en el jardín, a la sombra de un naranjo. El seminarista, a horcajadas en una silla, comenzó a leer en un libro de poesías que ella le había entregado, ya abierto; escuchaba María Teresa reclinada en un sillón de mimbres, saliente el pecho, la cabeza inclinada sobre un hombro, los ojos entornados y sonadores. Hacía un calor envorvante. A lo lejos, desde los olivos, una cigarra lanzaba su chirrido ensordecedor; bandadas de gorriones descendían del tejado y pasaban con vuelo incierto, medio asilixiados, buscando la sombra de los árboles; las abejas zumbaban en torno de la enredadera que subía por el muro, y agazapado sobre el bardal, segualgas con la vista un lagarto de color de yerba, inmóvil, extendido el cuello pellejudo, al aire la cabeza triangular. Al poco rato Basilio leyó:

—Me ha dicho mi madrina que el que besa a mi primo es un pecador.

Se calló, mirándola asustado, temiendo haber cometido algún atrevimiento.

—A ver, sigue, sigue. A ver qué dice.

El continuó con voz casi balbuciente:

—Y por qué no nos hemos de besar nosotros?—E inclinándose hacia adelante, avanzó audazmente los labios gorduzuelos.

—Oh, es verdad!—exclamó ella.— Los primos se besan en todas partes.

—Y tras una pausa:

—¿Y por qué no nos hemos de besar nosotros?—E inclinándose hacia adelante, avanzó audazmente los labios gorduzuelos.

Basilio bajó los ojos, enrojeciendo hasta las orejas. De pronto se levantó

María Teresa, le cogió la cara con ambas manos, le miró un momento de hito en hito, y le besó apasionadamente en la boca. Después huyó, perdiéndose por entre las flores, a través de los árboles, como una linda y alocada mariposa.

—Pero ve usted, madre—entró diciendo la Toli al poco rato—ve usted qué tonto es este Basilio! ¡No puede leer una novela sin ponerse triste, triste, casi a llorar!

—¿Y María? ¿Dónde está María Teresa?—preguntó la madre.

Basilio no lo sabía. Estaría dando vueltas por el jardín. Y como viera que la llamaban, recogió el libro y escapó a su habitación.

La tía Mari-Cruz, que algo había observado que no le gustara, y no las tenía todas consigo, comprendió que la presencia de la prima constituía un peligro para su hijo. Era muy desvuelta la tal primita. Y él tan inocente, tan noblote. tan tonto, que de hijo le embobaría. ¡Y si al menos fuese rica!... Pero tenía otros hermanos que partiesen con ella, y además, la Lobata no creía sino en la riqueza que está amarillada. Se decidió, pues, a cortar por lo sano é hizo que su marido le escribiera al hermano diciéndole, como incidentalmente, que habían ocurrido algunos casos de viruela. Fué lo bastante. A los dos días el señor Braulio se presentó en el pueblo, donde no quiso parar más que el tiempo indispensable para almorzar. Poco después salían a despedirlos en las afueras.

Basilio sintió entre las suyas una mano breve, una linda mano trémula; Basilio vio que unos ojos le miraban desde la ventanilla del carruaje, unos ojos negros, sonrientes, luminosos: vio cómo un pañuelo blanco ondeaba a los lejos, saludándole; cómo el coche desaparecía, al fin, en una vuelta del camino entre nubes de polvo... Y vió luego, de pronto, junto a sí, el semblante severo de su madre.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—preguntó ella.

Y notó entonces Basilio, casi con terror, al llevarse las manos a la cara, que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Pero la madre nada dijo hasta algún tiempo después, cuando el joven, luego de muchas vacilaciones, se atrevió a suplicar—así fué—que le permitieran seguir otra carrera. Imposible pintar la sorpresa, la indignación, la tempestad que se levantó en el alma de la tía Lobata. Contóvose, no obstante, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, hasta que vino el marido. El tío Quico frunció una ceja, arqueando la otra; señal en él de gran cólera. Basilio temblaba. Fué la madre quien primero habló. Comenzó blandamente, casi con ruegos, procurando despertar en él sentimientos de compasión hacia sus viejos padres, hacia su infeliz hermana. «Esta pobre—decía, pasándole la mano por los cabellos—que siempre viste de retazos, mientras otras que son de la misma, y hasta de inferior posición, van hechas unas señoritas.»

Pero como Basilio insistiese humildemente, prometiendo que él, donde quiera que estuviera, se acordaría de ellos, la vieja varió de táctica, echándole en cara lo que había gastado, increpándole con dureza por lo que ella llamaba su perversidad, sus malos vicios. ¿Y para eso habían estado sacriñándose, comiendo malamente, trabajando como animales? ¡Ah! El lo vería: la ingratitude, y sobre todo para con los padres, tiene su castigo. Que no esperase otra cosa.

Concluyó apelando a todos los recursos, a la ironía, a la amenaza. ¿Otra carrera? El vería de arbitrar recursos con que costearla. ¿Un oficio? Que buscara, que buscara dinero para mantenerse durante el aprendizaje. Ellos se desentendían completamente de un hijo desobediente, de un hijo infame.

Basilio, sin saber qué contestar, confundido, avergonzado, anonadado, se arrodilló pidiendo perdón. Levantáronle y cayó sollozante en los brazos de su madre.

Y pasaron los años sin que María Teresa volviese a respirar los aires puros del pueblo. Verdad es que no había carta que el tío Quico escribiese al hermano, en que no le hablara de alguna enfermedad peligrosa, reinante a la sazón en Coscojuela. Pero al llegar la misa nueva, como no veían ya peligro alguno y en cambio esperaban un buen regalo, los Lobatos hicieron un viaje a Plasencia para invitar personalmente a la familia. El tío Braulio prometió acompañarles, y el día de la misa, a las diez en punto de la maña-

La última máscara



... y la última broma

na, se presentó en el pueblo, acompañado de su hija y guiando un tilburí pintado de azul.

Era la hora fijada y sólo por ellos esperaban. Lentamente la comitiva se puso en marcha en dirección de la iglesia. Basilio iba delante, rodeado de sus amigos y condiscípulos. La afluencia de gente era enorme: la aldea entera se apretujaba en el corto trayecto, y de los balcones surgían racimos de cabezas. Al llegar a la plaza las campanas cesaron de tocar y una orquesta de violines, de guitarras, de panderos, rasgó chillonamente los aires; las mozas cantaban coplas alusivas al acto, cantares sencillos, compuestos por el pueblo, y altamente laudatorios para el misacantano y su familia. El día era espléndido. Habíase encalmado la brisa, y sobre la anchurosa plaza, sobre los tejados rojizos, sobre los lejanos campos verdes, un sol primaveral tendía triunfalmente la pompa de su tibia luz.

La iglesia llenóse de bote en bote. Comenzó la ceremonia y poco a poco fueron cesando los murmullos, las toses, los bisbiseos, hasta reinar el silencio. Las luces titilaban en el altar. El incienso ascendía en ondas perfumadas, azulándose al atravesar un rayo de sol. Se oía el son grave y pausado de los cantos litúrgicos. Los diáconos pasaban de uno a otro lado, ayudando a la celebración del santo sacrificio, y a veces, al inclinarse, se ensanchaban las blancas vestiduras, bordadas de oro. El oficiante volvióse hacia los fieles, y juntando las manos, en actitud hierática, pronunció con voz temblorosa el primer «Dominus vobiscum».

Después del Evangelio subió al púlpito el anciano prior de la Moheda. Primeramente habló del cristianismo en su primitiva sencillez, en toda su pristina pureza, cuando Jesús difundía su doctrina entre los pobres pescadores del lago de Tiberiades; de aquella religión, tan humilde en sus comienzos, y que, sin embargo, había logrado apoderarse de la conciencia universal, expandiéndose por el mundo a través de las viejas creencias, llegando a plantar en todas partes su símbolo, la cruz, que lo mismo extiende sus brazos en las «heladas regiones del polo», que en los «ardien-

tes arenales del Sahara». «El cristianismo—exclamaba—apoyado en diecinueve siglos de lucha...» Y al decir esto extendía las manos haciendo ademán de apoyarse.

—¡Acioua mu bien!—murmuró el tío Calambres, alcalde a la sazón, al oído de la alcaldesa.

Concluyó dirigiéndose al misacantano y recordándole los años de su infancia, aquellos tiempos—afirmó—que ya no volverían. Le habló de los derechos y deberes de su alto ministerio, encargándole muy especialmente que procurase hacer tornar al redil las ovejas descarriadas. «Y ahora—le dijo—ahora que Cristo va a descender por primera vez hasta tus manos, pídele, hijo mío, que la fe que un día levantó este templo (y que, por desgracia, se ha entibado no poco), vuelva a iluminar la conciencia de tus paisanos. Por mi parte, yo, tu antiguo maestro, el más humilde de los sacerdotes, le rogaré a la Virgen, la divina intercesora, para que también «interceda...» Aquí se aturrulló el buen fraile, tosió, tartamudeó, y viéndose perdido, remató airoosamente con una rotunda sentencia latina.

Concluida la misa, resonó el «Te Deum» y comenzó el besamano. El nuevo cura sentóse en un sillón de brazos, junto a una mesita en la que había dos bandejas. Primeramente acudieron los hombres. Haciendo una genuflexión, le besaban la mano y desfilaban por delante de la mesa, depositando cada cual su ofrenda; a cortos intervalos, las monedas de plata tintineaban sobre el metal; la tía Mari-Cruz no quitaba ojo de las bandejas, fijándose en el donativo de cada uno y procurando retenerlo en la memoria; el corazón le dió un vuelco cuando el tío Braulio dejó caer una hermosa onza de oro; de esperar era que la sobrina no fuese menos. Llegó, por fin, el turno a las mujeres. Basilio columbró a su prima que avanzaba majestuosamente, resplandeciente de hermosura y sonriéndole con sus ojos adorables, que parecían beberle el alma... Inclínose al llegarle la vez, y un efluvio de juventud, una fragancia deliciosa, un suave aroma embriagador ascendió de su cuerpo inmaculado. Basilio la contempló estremecido. Temblábase el seno opulento, y como en la tarde campoamo-

riana, avanzaba los labios húmedos... ¡Aquellos labios que él había probado, suaves como los pétalos de una rosa, y más dulces que la miel de su cáliz!... Le besó la mano y se levantó despacio, con gran lentitud, envolviéndole en una mirada intensa y dulceísima, en una mirada supremamente turbadora... Basilio no supo lo que le pasaba. Sintió como un vértigo, se incorporó vacilante y cayó de rodillas a los pies de María Teresa, sollozando, gimiendo:

—¡María!... ¡María!... ¡Milagro! ¡Milagro!—exclamó en aquel punto la tía Lobata, alzando los brazos al cielo.—¡La Virgen se le ha aparecido a mi hijo!

—¡Milagro! ¡Milagro!—reptieron las viejas devotas, las comadres, las amigas de la Mari-Cruz.

La sorpresa fué grande. Arremolinóse la gente formando un gran corro. Los cuellos se alargaban, la curiosidad se rellejava en los semblantes. Algunos sonreían irónicamente. El prior acudió presuroso.

—¿Es cierto, hijo mío?—preguntó cogiéndole una mano y ayudándole a sentarse.—¿Es cierto? ¿Se te apareció la Virgen?

La Lobata clavó en su hijo una mirada terrible. El silencio era solemne.

—¡Sí, padre!—balbuceó al fin Basilio con voz angustiada, dejándose caer en el sillón.

En tanto María Teresa, la Virgen, salía de la iglesia a la cabeza de un grupo de muchachas.

Emigdio Plasencia

El Carnaval en Madrid

(POR TELÉGRAFO)
 Desanimación.—El entierro de la Sardina.

Madrid 4 (11 n.). Hoy, último día de Carnaval, ha sido grande la desanimación en Recoletos y la Castellana a pesar de que la tarde era agradable.

En cambio la pradera del Canal, donde se celebraba la tradicional romería del Entierro de la Sardina, estaba atestada.

Reinó gran alegría mientras los romeros se dedicaron a merendar.

Después hubo bailes y algunos chapuzones en el río inofensivos y otros pequeños incidentes.

ALMACENES DE HIERROS

MURCIA, ALICANTE Y CARTAGENA

José García

Vigas DE Acero PARA edificios

Más baratas, más fuertes y de más duración que la madera

SE CORTAN A MEDIDA Existencias permanentes: Kilg. un millón Pídanse precios y cuadros de resistencia.

LA DENTICION DE LOS NIÑOS SE FACILITA GRANDEMENTE ADMINISTRÁNDOLES LA DENTICINA A MORENO

LA DENTICINA MORENO es un excelente remedio para combatir los dolores de los niños... Se halla de venta en la Farmacia de su autor, J. MORENO, Plaza de Camacho, número 26.—Murcia.

AGRICULTORES: PRIMERAS MATERIAS PARA LA FABRICACION GUANOS GRADUACION GARANTIZADA

Sulfato de amoníaco... Superfosfato de cal... Superfosfatos orgánicos... Recibidas estas materias directamente de las minas productoras de las fábricas y de los principales centros de contratación...

Diario DE Avisos De Torrevieja

APARATOS DE ASERRAR se venden casi nuevos uno grande y otro especial para construir persianas. Razón: José Alarcón, Torrevieja.

De Murcia

ANUNCIO Debíndose efectuar la monda de las acequias en el interior de la Fábrica de pólvora de la Nora y local que ocupa la titulación del Salitre en la segunda quincena de Marzo...

ALMONEDA De un gabinete, con dos huecos de cortinas, guardarropa, aparador y varios muebles. Horas de 3 a 6 de la tarde, Corredora, 5, portería, darán razón.

Tomás Seiquer MÉDICO CIRUJANO Capuchinas 4—Murcia

AMA DE CRÍA para su casa ó la de los padres, leche de 8 meses, edad 19 años. Razón: Josefa Sánchez Ferre, Puerta de Orihuela, casa del alpargatero.

SERVICIO COMBINADO VAPORES DE LAS LINEAS Mac Andrew y C.ª y Ríos y Compañía SALIDAS REGULARES DE CARTAGENA Vapor para Londres cargará el jueves 5 de Marzo...

AMA DE CRÍA para casa de los padres, leche de un mes, edad 23 años. Razón: Carmen Gambín, Rincon de Seca, casa del alcalde.

AMA DE CRÍA para casa de los padres, leche de tres meses, edad 23 años. Razón: Asunción Ros, carretera de Espinardo, frente al huerto del M. de Peñacorrada.

AMA DE CRÍA para su casa ó la de los padres, leche de 8 meses, edad 19 años. Razón: Josefa Sánchez Ferre, Puerta de Orihuela, casa del alpargatero.

AMA DE CRÍA para su casa ó la de los padres, leche de 8 meses, edad 19 años. Razón: Josefa Sánchez Ferre, Puerta de Orihuela, casa del alpargatero.

AMA DE CRÍA para su casa ó la de los padres, leche de 8 meses, edad 19 años. Razón: Josefa Sánchez Ferre, Puerta de Orihuela, casa del alpargatero.

AMA DE CRÍA para su casa ó la de los padres, leche de 8 meses, edad 19 años. Razón: Josefa Sánchez Ferre, Puerta de Orihuela, casa del alpargatero.

PURGANTES ALIMENTE DURETICAS LAXANTES DEPURATIVAS SALES NATURALES MEDIANA DE ARAGON

JARABE FENICADO DE VIAL combate los microbios ó gérmenes de las enfermedades del pecho, es de eficacia segura en las Tosas, Resfriados, Catarros, Bronquitis, Gripe, Ronquera, Influenza.

Compañía Valenciana DE NAVEGACION Línea regular de grandes vapores entre España, Francia é Italia Salidas fijas de Cartagena todos los lunes, á las siete de la mañana, directo para Barcelona por el vapor Sagunto.

PROBAD EL CHAMPAGNE BINET REIMS SUPERIOR A LOS DE IGUAL PRECIO

Sociedad Anónima de Navegación Transatlántica (Antes A. FOLCH y C.ª (S. en C.) Línea de la América del Sud El vapor Berenguer el Grande saldrá de Alicante el día 22 del presente mes...

AGENCI DE ENCARGOS de Pascual Martínez EN MURCIA SOCIEDAD, 13 la más antigua de la Región

AGENCIAS En Murcia, D. Pascual Martínez, Sociedad, 13. En Balcicas, D. Antonio Guirán, Correo. En Cartagena, D. José Gómez, S. Francisco, 1.

LA UNION EL FENIX ESPAÑOL COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS Agencias en todas las provincias de España, Francia y Portugal 43 AÑOS DE EXISTENCIA

EL ZÓMOL PREPARADO EN FRIO encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALESCENCIA, etc.

VINO JARABE CAPSULAS de FOSFOGLICERATO de CAL de CHAPOTEAUT recetados en la TISIS, la BRIPPE, la ANEMIA, la NEURASTENIA, las CONVALESCENCIAS

EL LIBERAL en Murcia Se halla de venta, además de todos los puntos conocidos de la Región: En Madrid: Kiosko de la plaza de Ce lenque.

ANUNCIOS Reclamamos y noticias para los periódicos de Madrid, provincias y extranjero, en recibidos en la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ANUNCIOS DE ESPAÑA, calle de

ASMA Y CATARRO CURACIÓN CIGARRILLOS ESPIC 6 AL POLVO OPRESIONES, TOS, REUMAS, NEURALGIAS

CUADRO DE LA MARCHA DE TRENES Y SERVICIOS DE CORREOS

Table with 3 columns: Station, Correo, and Hora. Includes entries for COMPANIA ANDALUZESA and COMPANIA DE A. A. L.

Table with 3 columns: Station, Correo, and Hora. Includes entries for LA UNION (Mercado) and COMPANIA DE M. Z. A.

Table with 4 columns: ESTACIONES, CORREO, MIXTO, and CORTO. Includes entries for MADRID, ALCAZAR, CHINCHILLA, and MURCIA.

Table with 4 columns: ESTACIONES, CORREO, MIXTO, and CORTO. Includes entries for CARTAGENA, Los Molinos, La Palma, Pacheco, Balcicas, Riquelme, Alquerías, Benijás, MURCIA, Alcantarilla, Cotillas, Alguazas, Lorquí, Archena, Blanca, Archea, Cieza, Calasparra, Minas, Agramón, Huelva, Tobarra, Pego, CHINCHILLA, ALICANTE, ALCAZAR, MADRID.

SERVICIOS DE CORREOS Detalle de salidas de las expediciones de correo de Murcia... EN BARTAGENA Salidas de los correos de la Administración Mixta de Andalucía, á las 9.—Correo, á las 16.—Mixto de Madrid, á las 18.30.—Consejeros á Massarón, á las 6.30.—Platón á La Unión, á las 10 y 17.